PREGON SEMANA SANTA
VALLADOLID 1996

Por Excmo. Sr. D. LUIS MIGUEL ENCISO RECIO

Edita: Excmo. Ayuntamiento de Valladolid y Junta de Cofradías de Semana Santa
Fotografías: César Minguela
Compone e Imprime: Imprenta Municipal
Depósito Legal: VA-165/1996

FOL 4047-1

PREGON SEMANA SANTA
VALLADOLID 1996

Por Excmo. Sr. D. LUIS MIGUEL ENCISO RECIO

R.5529

C.64
2412

Ayuntamiento de Valladolid
Archivo Municipal

ARCHIVO MUNICIPAL

1162234

C. 64 - 2412

Villa por villa en el mundo.
Cuando los años felices
Brotaban de mis raíces,
Tu, Valladolid profundo.

Una de las avenidas por las que circula larga y mansamente el Valladolid profundo a que alude Jorge Guillén en su Semana Santa. El poso de los siglos y las incitaciones del presente se armonizan, con extraña perfección, en las celebraciones de los días sacros que preceden al Viernes Santo. Creyentes y no creyentes, cofrades y espectadores tienen ocasión de asociar, en un excepcional paréntesis de espiritualidad, muchos sueños perdidos, muchos argumentos de vida, muchas aletargadas esperanzas de afirmación personal y convivencia luminosa.

I

De la ciudad del Pisuerga escribió Dámaso de Frías esto: "Pero que, señor, Valladolid, sin ser puerto de mar como Nápoles, Venecia y sin el Tracto de un Milán, Amveres, Génova y sin una ordinaria corte como Roma o Paris, llegue en medio de Castilla a ser lo que es, yo y quantos le han visto loan d'él, pareciéndoles que sola natural bondad del sitio y constellación suya y un general concurso de quantas buenas cualidades se pueden dessear en un pueblo le hazen tal".

Los tonos cálidos y una pizca excesivos del poeta se corresponden parcialmente con la realidad.

Los historiadores reconocen que el gran momento de la urbe se sitúa entre 1450 y 1560. La grandeza alcanzada en ese tiempo se apoya, sobre todo, en tres factores: las frecuentes reuniones de cortes -23 en 160 años-, la reorganización de la Real Chancillería -pilar básico del poder judicial de la Monarquía- y las estancias de los monarcas y su séquito. Paso a paso, las instituciones del Gobierno y la Corte dejan de desplazarse con el Rey, y se fijan en la ciudad del Pisuerga. Eso ocurre, por ejemplo, de 1517 a 1519, de 1522 a 1524 y de 1527 a 1536. Bennassar opina que "a partir de mayo de 1543, y hasta octubre de 1559, Valladolid se ha convertido en capital de las Españas". Fruto de esa realidad será la presencia en estos pagos, a mas del variopinto mundo de gentes procedentes del campo, trabajadores, pobres y marginados, de miembros de la grandeza y la nobleza titulada, hidalgos, eclesiásticos distinguidos, letrados, mercaderes, artesanos y una nutrida representación de la burguesía de los "oficios". Si tenemos en cuenta, además, el prestigio de otras instituciones, como la Chancillería, la Universidad, los grandes monasterios o conventos -singularmente, San Pablo, San Benito, Nuestra Señora del Prado y las Huelgas- y los Colegios de "Santa Cruz" y "San Gregorio", nos explicamos el brillante tono de la vida urbana en esa época. Sin embargo, la pujanza y esplendor quiebran alrededor de 1560. Al año siguiente, tras el paréntesis toledano, Felipe II adopta la decisión de trasladar la Corte a Madrid, y se inicia así una etapa de decadencia vallisoletana, aliviada con paréntesis de relativa recuperación.

Son muchos los autores que han subrayado la sacralización de la sociedad occidental europea en el s. XVI, y con ella, la profunda religiosidad concomitante. Aunque no todas las conciencias latieran al unísono, aunque la crítica, la disidencia, la rebeldía alcanzaran registros importantes, la fe colectiva sobrenadaba y se mantenía sólida, y se vio fortalecida por los deseos o movimientos de reforma -auspiciados por la Iglesia católica u otras Iglesias y por grandes individualidades. ¿Fué Valladolid una excepción? En nuestra ciudad, como en otras, era "difícil disociar lo sagrado de lo profano". "Si las referencias son indudablemente cristianas", se pregunta Bennassar, si a cada momento se invoca a Dios, a la Virgen, a los santos, ¿significa todo ello que los actos y pensamientos de los vallisoletanos del s. XVI están profundamente inspirados por el cristianismo? ¿O se trata tan sólo de una religión formalista basada en la palabra, el gesto y el rito? La respuesta no ofrece duda al hispanista francés: "En el s. XVI, Valladolid es una villa católica. La vida de sus habitantes se halla orientada por este catolicismo, tanto el pensamiento como la acción, o, si se prefiere, la fe y las otras".

Esta música de fondo explica bien el auge de las procesiones vallisoletanas. Las cofradías cubrían un amplio mapa de actividades de caridad, labores asistenciales, lúdicas y de asociación. Pero, algunas de las cofradías ocupaban lugar de privilegio en la organización de actos y solemnidades religiosas, y en particular, de procesiones. El espectáculo del desfile, en el que se rememoraba la Pasión del Redentor del mundo, o, mas bien, algunos de sus episodios prominentes, se convertía en instrumento de piedad popular,

de intensa y rara devoción, de apostolado y de emoción estética y humana. Más allá de la pequeña historia de acuerdos y desacuerdos entre cofrades, todos colaboraban en la representación plástica -novela, ha dicho un autor- de la agonía y muerte de Jesús. Algunos cofrades -los hermanos de luz- se encargaban de transportar y alumbrar los pasos. Otros, los hermanos de sangre, se flagelaban públicamente, en una manifestación de ascetismo recio y dramático. Cuatro cofradías penitenciales -de carácter netamente popular, como ha señalado Canesi- tuvieron la responsabilidad fundamental de los desfiles en el Quinientos: la Vera Cruz -iniciada hacia 1500-, la de la Pasión -fundada treinta y un años después-, la de las Angustias -de 1560- y la de la Piedad, algo posterior. Historiadores, como Antolínez de Burgos, Canesi, Sangrador, el maestro Alonso Cortés, E. García Chico, J.J. Martín González, Luis Luna y otros; eruditos, tan beneméritos como Agapito y Revilla. Martí y Monsó, expertos o viajeros -al estilo de Bosarte, Ponz, Joly o Pinheiro- y una larga serie de ilustres pregoneros han descrito cuanto vengo diciendo y algunas cosas más, pero la verdad histórica no ha impuesto todavía su luz clarificadora a muchas facetas.

Las cuatro grandes cofradías experimentaban, mas de una vez, los picores de la emulación y la rivalidad, pero todas ellas colaboraban en el común propósito de suscitar el sentimiento religioso y la complacencia estética en los fieles y espectadores. Por entonces, los desfiles, en los que raras veces participaban autoridades civiles o eclesiásticas, eran similares, pero autónomos. La Vera-Cruz, desde San Francisco; la Pasión, desde la Trinidad Calzada; la Quinta An-

gustias, desde San Pablo y la Piedad, desde la Merced Calzada, hacían, todas y cada una, su propio recorrido, lento y lleno de emoción, belleza y, a veces, pintoresquismo.

II

Pero la plenitud de estas expresiones de fervor, en el genuino cauce de la espiritualidad popular, vino mas tarde.

Coincidió, ante todo, con una renovación de la ciudad y de la vida urbana.

La vuelta del Rey -en este caso, Felipe III- y los servicios de Corte a Valladolid, propicia, como en su día apuntaran Sangrador, Ortega y Rubio o don Narciso Alonso Cortés, el canto de cisne de la época áurea vallisoletana.

El traslado a la ciudad del Pisuerga ha sido interpretado por varios historiadores como un gesto de poder y ambición del

omnipresente Lerma. Entre los posibles motivos, Ciriaco Pérez Bustamante daba primacía "al deseo del duque... de alejar a Felipe III de la influencia de su tía, la emperatriz María, y acercarlo a generosas zonas de caza para tenerlo desocupado de los asuntos de gobierno". González de Amezúa habla de "capricho interesado" del valido, y F. C. Sainz de Robles llega a afirmar que el "mismo motivo se llevó y trajo la Corte a Madrid: oro, acuñado en ducados". No muy distinta es la opinión de Bennassar, inclinado a pensar que el traslado se debió a una intriga de Lerma. "El duque se convierte", explica el historiador francés, "en regidor de Valladolid en agosto de 1600, en septiembre compra el palacio de los marqueses de Camarasa, el mejor de la ciudad, y el 10 de enero de 1601 es... proclamada la decisión... del traslado de la Corte a Valladolid. Los vallisoletanos ofrecen la suma de 400.000 ducados, mientras que la fortuna del duque de Lerma aumenta en proporciones considerables". Y si el gesto del valido propició un "último triunfo" a nuestra ciudad, otro gesto suyo, de signo distinto, contribuyó a sumirla en la decadencia. "El duque de Lerma", resume Bennassar, "ha conseguido de la ciudad todo lo que podía esperar y más. Los madrileños, ofreciendo a su vez 250.000 ducados, que son aceptados, se favorecen a sí mismos. En marzo de 1606, se abandona, definitivamente, una ciudad a la que un esfuerzo excesivo y vano por recuperar la función de capital había arruinado". Gutiérrez Nieto, sin negar la insaciable codicia del todopoderoso valido y el afán de llevar la capitalidad a zona próxima a sus señoríos, opina, con toda razón, que una medida política de tanta envergadura no tuvo su origen sólo en intereses personales. En apoyo de sus tesis, hace ver que una de las líneas más coherentes de Lerma fue su re-

formismo agrarista. Y, dentro de ella, hay que situar el despertar económico de la Meseta Norte y el traslado de la capitalidad a Madrid. Por otra parte, Lerma no se movía en el vacío y debió de sentirse apoyado por ciertos sectores de opinión. Al menos, eso parecen indicar los testimonios -y no son los únicos- de Cabrera de Córdoba, Matías Novoa y Sepúlveda el Cojo. El primero apunta "que los consejeros de Felipe III pensaban que, con el traslado de la Corte, se repararían muchas partes". Para Novoa el cambio de desplazamiento de la capital pudo obedecer al afán de "remediar y volver a Castilla sus moradores y el recurso de otras naciones que militan en la Corte, con que volverla a poblar y enriquecer con el buen despacho y salida de los bastimentos". En fin, Sepúlveda el Cojo señalaba "que la causa que el rey dice que le mueve a hacer esta tan extraña mudanza.. /es/ el remediar a Castilla la Vieja". Alvar ha presentado recientemente otros testimonios significativos. ¿Se cumplieron los teóricos objetivos? Cabe pensar que solo relativamente.

Gutiérrez Nieto entiende que la presencia del Gobierno en la urbe del Pisuerga "no sirvió para la recuperación proyectada. Por el contrario, coyunturalmente produjo una elevación de los mantenimientos en la región". Dos hechos mas merecen subrayarse: 1) La recuperación castellano-leonesa hubiera requerido años, y eso suscitaba el recelo de otros territorios; 2), con la estancia de la Corte en Valladolid el poder político quedaba "alejado de los centros dinámicos no tanto económica como demográfica y políticamente". Lerma entendió que la experiencia había tenido mas in-

convenientes que ventajas, y decidió devolver la capitalidad a Madrid.

Tantas sugestivas hipótesis requieren el contrapunto de otras perspectivas, pero eso nos alejaría de nuestro propósito de hoy.

El periodo cortesano trajo a Valladolid no pocas ventajas, pero dejó tras de sí un peligroso vacío. Adriano Gutiérrez, historiador de esta tierra, en una monografía de buena factura, ha explicado las facetas fundamentales del "auge" vallisoletano y también las del "ocaso".

En los primeros años del siglo XVII, la población de Valladolid alcanzó una cifra alta: entre 60.000 y 70.000 habitantes. Al mismo tiempo, se produjo una revalorización de la propiedad urbana, se duplicaron los alquileres de viviendas, se conoció una fiebre constructora, favorecida por los beneficios fiscales que la ley otorgaba para los nuevos edificios, y el Ayuntamiento, con el apoyo de los gremios, realizó obras de embellecimiento y mejoró servicios como la conducción de agua o limpieza. La producción cerealística creció sensiblemente, en contraste con la del vino -baja a comienzos de siglo-, y, si tenemos en cuenta las fanegas de trigo y cebada percibidos por el Cabildo catedralicio, podemos rastrear también un aumento de la renta agraria. Se incrementó asimismo el comercio, y mejoró el consumo de carne de vaca, carnero y cerdo. Otro síntoma de apariencia expansiva fue el aumento de los ingresos municipales, contrapesado por el progresivo endeudamiento del Municipio.

Pero el esplendor duró poco. "La situación de Valladolid tras el definitivo traslado de la Corte a Madrid no era", afirma Adriano Gutiérrez, "mejor que la de los años finales del siglo XVI. Es probable que fuera peor. Lo que es seguro es que de la corta duración de [la estancia de la Corte] se derivaron consecuencias negativas: algunos vecinos optaron por seguir a aquélla y abandonar nuestra ciudad, las finanzas municipales quedaron seriamente debilitadas, el afán por contentar [al Rey, al Gobierno y a los cortesanos] había llevado al Ayuntamiento a embarcarse en costosas operaciones crediticias, bien para comprar trigo o carne, bien para organizar fastuosas fiestas, bien para mejorar urbanísticamente la ciudad, y cuando, tras la marcha de la Corte, sus rentas caen fuertemente, comenzará a verse con problemas. Tampoco algunas personas particulares llegaron a recuperar los gastos que habían realizado en sus viviendas, ante las buenas perspectivas del sector de la construcción durante la estancia de la Corte, y quedaron seriamente empeñados".

Las decisiones de Felipe II, el rey vallisoletano, y Felipe III respecto a la ubicación de la Corte, las disputas entre Valladolid y Madrid por la capitalidad y las incomodidades o ventajas que proporcionaban la presencia del Rey, su Gobierno, la Administración y los cortesanos suscitaron entre los coetáneos no poca polémica. En directa relación con ello, brotó en su día un complejo sentimiento popular, cuya naturaleza no ha sido analizada nunca con rigor. Bastará que lo resumamos en las palabras, llenas de casticismo, de una pieza clásica exhumada por Alfredo Alvar: "Cortesanas y Vallisole-

tanas se hacen cruda guerra, llamándose unas a otras hijas de putas y hijas de padres traidores. Las de Madrid llaman a las de Valladolid cazoleras, que es como llamarlas sucias y cocineras; ellas también llaman a las madrileñas ballenatas, porque, cuando hablan de su Manzanares, les levantan que un día el río iba crecido y llevaba acaso una albarda, acudieron todos diciendo que era un tiburón o ballena".

En marzo de 1606 la capital y la Corte se trasladaron de nuevo a Madrid, y allí permanecería hasta nuestros días. Un escritor del XVII resumió el hecho con particular laconismo: "Solo Madrid es Corte".

Entre el boato y el chasquido de la decadencia y, en algunos momentos, del deterioro, los vallisoletanos del Seiscientos viven un periodo de esplendor de cofradías, cofrades, artistas y procesiones.

A las cofradías clásicas se ha añadido, desde 1601, la de Jesús Nazareno, vinculada al gremio de pasamaneros y relacionada con el convento de San Agustín. Don Filemón Arribas estudió, hace años, los primeros pasos y la evolución de esta singular asociación piadosa, en la que muchos de los hermanos cargaban, a imagen del Nazareno por excelencia, con la cruz.

Los cofrades, cada vez más numerosos si hacemos caso de algunos datos, seguían siendo, preferentemente, de extracción popular: "omes buenos", labradores, maestros u oficiales de los gremios, artesanos, menestrales, pero no faltaban los representantes de la bur-

guesía de los "oficios", profesionales, miembros del clero y hasta representaciones nobiliarias.

El s. XVII, como han explicado el siempre recordado Esteban García Chico, Juan José Martín González y su larga serie de discípulos y colaboradores, Eloísa García de Wattenberg, Luis Luna y tantos otros, es la hora cumbre de la imaginería castellana. De los viejos pasos de cartón, vestidos de lino, tallados sólo el rostro y las manos, se pasa a las bellas figuras o grupos policromados que han hecho historia. El talento creador de los maestros se mezcla con los condicionamientos de época y las tendencias dominantes: goticismo decadente, clasicismo en todas sus modalidades, manierismo, barroquismo, influjo donatelliano, florentino, romano, miguelangelesco o flamenco-borgoñón. A veces, el estilo es terso y aterciopelado, de rasgos definidos y precisos; en otras ocasiones, se mezclan y alternan elementos e influencias. Con el paso del tiempo, los grandes artistas imponen sus modos expresivos peculiares y de originalidad indiscutible. Juni, Inocencio Berruguete, Gaspar de Tordesillas, Francisco de la Maza, buscan el movimiento desplegado y las gradaciones y complejidades de la expresión. Gregorio Fernández, y antes, Francisco del Rincón se dejan ganar por el misticismo y el naturalismo más o menos contenido.

Dos grandes maestros imperan en la época y crean escuela: Juan de Juni y Gregorio Fernández. La fama histórica de Juni, cuya genialidad, como reconocen Martín González y muchos otros historiadores del Arte, esta fuera de duda, no debía de ser tan uni-

versal en el siglo XVIII como la de Gregorio Fernández. El diarista Beristain, en su **Diario Pinciano** de 4 de abril de 1787, habla "del célebre Juan de Juni, flamenco, discípulo de Micael Angelo. Respecto al genial gallego afincado en Castilla escribía, ese mismo día y en el mismo lugar, Beristain: "Ya lo había dicho Palomino en la vida de Gregorio Hernández, autor de los mejores. Este excelentísimo escultor, aunque natural de Galicia, floreció y tuvo su escuela en esta ciudad en el siglo XVI, vivió en la calle de Santiago junto a la Puerta del Campo, y su cuerpo yace en el convento de Carmelitas Calzados, cuyo retablo y la efigie de Nuestra Señora entregando el Escapulario al Beato Stock son obra suya". La exposición sobre la obra del artista, montada en el Museo Nacional de Escultura de Valladolid, en enero de 1986, coordinada por Eloísa García de Wattenberg, nos permite confirmar que los elogios que se tributan a Gregorio Fernández no son desmesurados.

Los pasos, como ha escrito Luis Luna, son auténticos escenarios donde se desarrolla el drama de la Pasión de Cristo, que adquieren vida propia al recorrer las calles, a hombros, y alumbrados por la luz de las velas y las antorchas. Algunos de estos pasos, tocados por el soplo de la genialidad, movieron a la universal admiración. Es el caso de la Virgen de las Angustias, "obra cumbre de Juan de Juni". "Gregorio Fernández y su taller -explica Luis Luna- realizaron los pasos de la **Coronación de Espinas, Azotamiento y Descendimiento** (para La Vera-Cruz), **Camino del Calvario** (para la Pasión), **la Sexta Angustia** (para las Angustias) y **Sed Tengo** (para el Nazareno)". El diarista Beristain, avanzado el s. XVIII, mostraba

predilección por dos pasos del gran Gregorio: los del **Descendimiento** -dice- y de la **Columna,** que se guardan en la Iglesia Penitencial de la Cruz. No se puede pedir más a un escultor: en ambos pasos excedió a Lysipo, a Policleto, a Mirón, a Michael Angelo, y aun a Fidias". Sin duda, exageraba. Más escultores de cierta nota compusieron también pasos de calidad: es el caso de Francisco del Rincón, autor de La **Elevación de la Cruz,** Andrés de Solanes, Bernardo del Rincón, los Roza y tantos otros.

Dos inquietos andariegos extranjeros, el francés Bartolomé Joly y el portugués Tomé Pinheiro da Veiga describen, con gracejo, las procesiones de 1604 y 1605. El portugués, en su **Fastiginia,** obra editada cuidadosamente por el maestro Narciso Alonso Cortés, es más explícito y más crítico, aunque sus informaciones, en opinión de Luis Luna, no sean siempre de fiar. Cita cinco desfiles procesionales: dos, realizados el Jueves Santo y tres, el Viernes Santo. Los primeros estaban organizados, respectivamente, por la cofradía de la Pasión, con un itinerario que iba "desde la Trinidad Calzada hasta Palacio, volviendo por Platería y la Plaza", y por la Vera-Cruz, cuyo camino enlazaba "San Francisco, Platería y Cantarranas". En la mañana del Viernes Santo salían la Piedad y la cofradía de Jesús Nazareno, provistas de gran acompañamiento. Por la tarde, se celebró la procesión de la Soledad. "Salía, describe Pinheiro, de San Pablo, frente a Palacio... y duró más de tres horas y media, con el mismo orden, concierto y distribución, y así acabó casi de noche, y lleva mucho más pendones y antorchas y es cofradía de gente mas grave".

Entre la muchedumbre de pasos de cartón y lino brillaron con luz propia cuatro excepciones: la **Virgen de los Cuchillos,** el **Cristo crucificado de la Pasión** -con la Virgen, San Juan y la Magdalena- y la **Degollación de San Juan Bautista.**

En este periodo de bonanza, la pugna de las cofradías, con iglesias propias y rentas cada vez mas crecidas, hubo momentos de especial prosperidad y orden, como el que refleja la fusión, en 1618, de la Piedad y las Angustias. Fruto de este acuerdo fue la ordenación más cabal de los desfiles procesionales, cuyos mejores registros se lograron en el modelo de 1620. Del esplendor alcanzado da idea el hecho de que, mediado el siglo, fueran ya siete las grandes procesiones: una, el Miércoles Santo; tres el Jueves y otras tres, el Viernes.

No estaban solos los cofrades y los imagineros. La Semana Santa tenía también sus corifeos literarios o religiosos. Uno de ellos, el penitente peregrino es Francisco Sánchez, en la orden de los carmelitas, Francisco de la Cruz, cuya piedad le había llevado, con la cruz a cuestas, de Toledo a Jerusalén y de Jerusalén a Valladolid. "Sin duda", comenta Paco Pino, vallisoletano y poeta por antonomasia, "Cristos y Vírgenes recibieron el ardor de las miradas del que había sido arriero en su juventud, y cómo no, las imágenes del Carmelo que Gregorio Fernández tallara para los conventos de esta Orden. Mediador y ejemplo de todos los viajeros de nuestra Semana Santa", oraba durante sus peregrinaciones y se dejaba ganar por la inspiración poética para cantar así su amor a la Cruz, símbolo de recónditas alegrías y excelencias:

Ya no pesa la Cruz, que es la Cruz ligera
después que en Cruz se levantó el mas Justo.
Abrázate a la Cruz y considera
que no pesa la Cruz sino al injusto:
El premio de la Cruz en Cruz espera
si con su Cruz tu Cruz llevas con gusto.
Pues después que en la Cruz venció el pecado
el yugo de la Cruz ya no es pesado.
El que sin esta Cruz llegar se atreve
al triunfo de la Cruz, ciego camina,
que es estrella la Cruz.

III

¿Cambió la ciudad y cambió la Semana Santa durante el siglo XVIII?

"Si Valladolid tuviera fábricas florecientes en su recinto y la agricultura estuviese en el estado que podría en su hermosa y dilatada campiña, si de las aguas del río Pisuerga, que la baña por su lado de Poniente, se hiciese el uso que harían otras ciudades y pueblos de nuestro entorno, correspondería, sin duda, el vecindario a la amplitud de esta principalísima ciudad; da gran compasión verla reducida a menos de 20.000 almas, cuando en circunstancias normales podía tener más de 100.000". ¿Exageraba Antonio Ponz?. La verdad es, como he explicado en mi libro **La Valladolid ilustrada,** que los vallisoletanos del Setecientos marcaron un cambio de ritmo

histórico. El discontinuo y, a veces, superficial reformismo socioeconómico, cultural y político no rompió con los moldes del pasado, pero buscó afanosamente un porvenir de nuevo cuño, más equilibrado, racional y utilitario.

Egido, con buen acopio de datos y agudeza interpretativa, opina que el s. XVIII marcó un apagamiento del brillo procesional anterior. "Las cofradías clásicas", escribe, "siguen vivas y actuantes, remozan los retablos de sus ermitas-iglesias, en cierto sentido rivales de las parroquiales; construyen capillas nuevas, hacen ensayos de novedades y esgrimen todos los recursos imaginables de proselitismo. Pero se tiene la sensación de que el brillo y fuerza de convocatorias anteriores han de enfrentarse con crisis inevitables. Hay un abismo entre las descripciones de Pinheiro da Veiga y las de los viajeros del XVIII, los cuales, a pesar de todo, no se cansan de loar pasos. Pero son loas artísticas. Mejor sintoniza en el discurso religioso popular y con su lenguaje Ventura Pérez".

El "diarista" vibra con las muestras de fe y los valores artísticos, pero no deja de registrar o, si es caso, criticar lo que es digno de noticia o crítica.

Se queja, en primer lugar, de la lluvia y otros imponderables que están por encima de la voluntad de los hombres. El 28 de marzo de 1725, informa, "no salió la procesión de la Cruz hasta las diez de la noche, a causa de llover a cántaros, y el día 29, Viernes Santo (digo, Jueves Santo) salió la procesión de la Pasión por la tar-

de, lloviendo, y la de la Cruz no pudo salir mas que hasta su casa, y la de las Angustias salió muy tarde y lloviendo. El día 30, Viernes Santo, salió la procesión de Jesús, sin llover pero con miedo, y el jueves atronó muchísimo y después nevó mucho y por la tarde salió la de la Piedad, lloviendo, y por la noche salió la de las Angustias, muy tarde y nevando, y al otro día, Sábado Santo, nevó muchísimo, y toda la pascua fue bien mojada". Para que se vea que no es de hoy la lucha con los elementos.

Registra también el "diarista" algunas desgracias acaecidas a causa de maniobras difíciles. Por citar una, recordemos que en 1741, "al meter el paso grande la Cruz en su casa, cogieron debajo de él a un hombre, y por aprisa que levantaron el paso, le sacaron casi reventado y le llevaron al Hospital General".

Por mucho que las personas responsables de las cofradías quisieran limar defectos y corruptelas habituales, no dejaron de producirse algunas en las celebraciones de la Semana Mayor. Agapito y Revilla nos habla del nefasto exclusivismo de algunas cofradías, de las cuestiones de etiqueta -en las que las Angustias era especialmente puntillosa-; de la existencia de disciplinantes a sueldo. Y Egido se refiere a "rivalidades entre cofradías concurrentes en tiempo y calle", a "comportamientos de algunos colectivos penitenciales" a "choques jurisdiccionales". Incidentes de los tipos aludidos, algunos graves, se registraron en 1714, cuando se amotinó el claro del gremio de la pluma y "algunos pasos fueron al suelo", o en 1736, año

en que el "párroco de San Miguel hace cambiar el itinerario de la Cruz esgrimiendo derechos de estola".

El diarista Pérez y los historiadores se muestran sorprendidos de que las incomprensiones y corruptelas llegaran a tanto. En 1737 no salió la Vera-Cruz, y la suspensión del desfile prácticamente fué total en 1742. "A partir de 1744", informa Egido, "se llevan de nuevo los pasos, pero de día, ya en sesteo largo, alentado por la eliminación de elementos significativos"; en 1762 se minoraron los pasos de la Piedad, reduciendo el de Longinos y quitando del todo el del Sepulcro; en 1769 la procesión de la Cruz "salió sólo con un paso del Huerto, sin soldados, sólo el Señor y el ángel con un cordoncito, y el Señor... sólo en otras andas; en 1770 la Cofradía de las Angustias prescindió prácticamente de la procesión en publico".

Pese a la innegable raigambre social de las procesiones, y a pesar de la fidelidad de sus mentores al espíritu que las inspiró en los siglos XVI y XVII, cofrades y organizadores tuvieron responsabilidades en la crisis que se registra en el XVIII. Pero eso no explica todo. Hay que referirse también a la incomprensión que la mentalidad ilustrada y la religiosidad parajansenista, y sus voceros, tuvieron hacia manifestaciones de una religiosidad tradicional, en parte de iniciativa popular, vinculada a la "España antigua". Y, en esa línea, la clave fundamental está en el intervencionismo paternalista de las autoridades ilustradas, acertadas en sus propósitos de reforma, pero no siempre lúcidas ni respetuosas con las iniciativas de la propia socie-

dad. ¿No tienen esas actitudes mucho que ver con las criticas que Aranda formulara, en general, contra las cofradías?

Egido hacer ver que el Intendente-Corregidor de Valladolid, cuando, en 1773, se dirige a las autoridades centrales sólo ve defectos en los desfiles procesionales. Así, por ejemplo, explica que las casas y ventanas de quienes contemplan las procesiones "están llenas de gentes de ambos sexos, tan lejos de la compasión y devoción, que más parece celebridad de carnaval que memoria de la Pasión de Cristo". Y se refiere también a los "gastos que funciones y procesiones ocasionaban a alcaldes, mayordomos y cofrades". ¿No eran exagerados, por ejemplo, los "convites con grandes refrescos y espléndidas cenas", ofrecidos por los alcaldes de turno de las cofradías, a portadores y alumbrantes "teniendo en sus casas ocho días antes un torno para comer y beber los que han de alumbrar [y] jugar a juegos prohibidos?

Todo el siglo XVIII discurrió en frecuentes polémicas y enfrentamientos entre las Cofradías -a veces, rebeldes- y los Intendentes, Corregidores y Alcaldes del Crimen. "Tenia razón Amando Represa cuando contraponía el "carácter artesanal" de las procesiones en los siglos XVI-XVII y el "nuevo sesgo" que adoptan en el XVIII. "Existían ya", escribe Represa, "una presidencia civil: los Alcaldes de la Sala del Crimen, el Corregidor o el Alcalde Mayor de la Ciudad. Sigue sin asistir la autoridad eclesiástica... Y existe una presencia militar, pues quien abre y cierra los cortejos es una Compañía de guardas o de otra tropa, "con su música lúgubre de sardi-

nas". Y asisten, en fin, con cada Cofradía, el clero de la parroquia en cuya jurisdicción se enclava".

Las presiones de las autoridades, el nuevo estilo, los descuidos de los organizadores conducen a la parálisis, primero, y luego, la decadencia. Hay pérdida progresiva de cofrades, alumbrantes y portadores, los pasos de deterioran. Los cofrades pierden autonomía, y las procesiones, tras nuevos ataques por parte de las autoridades en 1780, se entregan, como dice un autor, "a un sesteo prolongado".

Sin embargo, no todo es negativo. Egido ha reconstruido el panorama de las procesiones a fines del Setecientos. Sus investigaciones permiten comprobar que el Miércoles Santo salía las Angustias; el Jueves Santo, la Pasión y la Cruz, y el Viernes, Jesús Nazareno, la Piedad y las Angustias. Y la actitud de los poderes no es siempre y en todas las facetas lo mismo. Represa ha dado a conocer un curioso informe de 1806, en el que la propuesta de la Sala del Crimen de la real Audiencia para que se reduzcan las procesiones a una sola y se exija uniformidad en los hábitos de los cofrades, se ve replicada por el Procurador del Común con estas sabias palabras: "El pueblo tiene derecho a conservar sus usos, buenas costumbres y justos desahogos de devoción en los que se ha criado y ejercitado".

Pero la devoción y las buenas costumbres no anidan solo en los despachos oficiales o en las sacristías, sino, además y sobre todo, en las conciencias, en el hogar de las gentes, en la calle. ¿Quien pue-

de reconstruir el latido sincero y transfigurador de la piedad en todos y cada uno de esos ambientes?

La paradoja no deja de operar en circunstancias extraordinarias. Y resulta paradójico que fuese un extraño, el mariscal Kellermann, el que proporcionara a los vallisoletanos la posibilidad de contemplar de nuevo sus Cristos, Vírgenes, Santos y sayones. A instancias del jefe militar francés, el 21 de abril de 1810, se organizó la procesión de la Sagrada Pasión del Redentor, y en ella se reunieron, por primera vez, todas o casi todas, las cofradías con las imágenes y pasos de mayor valor artístico y significado religioso. El orden del desfile fue el siguiente: Doctrinos, Penitencial de la Piedad, con la Oración del Huerto; los Azotes a la Columna y el Ecce Homo; cofradías de la Pasión y el Nazareno, con las efigies de Jesús Nazareno, la Cruz a Cuestas y Cristo crucificado; la Vera-Cruz, con el Descendimiento, y las Angustias, con el Sepulcro, los atributos de la Pasión y la Virgen de los Cuchillos. El itinerario era relativamente largo y de grandes resonancias históricas: Cañuelo, Cantarranas, Platería, Ochavo, Lonja, Lencería, Plaza Mayor, Espaderia, Orates, Catedral, plazuela de Santa María, cementerio de la Antigua, Mesón de Magaña y Angustias.

El cortejo procesional, que debió de maravillar a los espectadores, tuvo algo de desfile militar, no poco de espectáculo y, naturalmente, más, mucho más, de manifestación religiosa.

IV

Valladolid creció y se desarrolló, hasta transformarse en una importante capital de provincia, en el s. XIX, singularmente, en la etapa de la restauración canovista. Aumentó la población, cambió la estructura social, se impulsó la economía, se modificó el gobierno municipal, surgieron nuevas y más complejas formas de inserción en la política nacional, conocieron un impulso la cultura y ocio y, aun perviviendo algunas antiguas, se perfilaron nuevas formas de vida. Todos y cada uno de estos fenómenos supusieron, en conjunto, el progreso, pero tuvieron que vencerse situaciones de regresión, violencia y dificultad. De todo ello han dado cuenta, en la **Historia de Valladolid** editada por el Ateneo, Jesús María Palomares, Celso Almuiña, Germán Rueda y su excelente equipo de colaboradores.

El siglo XIX se definió a sí mismo, o, por mejor decir, lo definieron algunos de sus prohombres, como laico y progresivo. ¿Ello apunta a una crisis de religiosidad? Sólo en parte.

Sin embargo, por lo que sabemos, los síntomas de crisis religiosa se dejan notar en la Semana Santa y, sobre todo, en las antaño brillantes procesiones. Por no citar sino una opinión, en un campo necesitado todavía de no poca investigación, me referiré a la de Luis Luna. "El siglo XIX es", dice el director de nuestro Museo de Escultura, "un momento de evidente decadencia para las procesiones, sólo paliada por el mantenimiento de una gran devoción a algunas imágenes, como la Dolorosa de la Vera Cruz, la Virgen de las Angustias o Jesús Nazareno. En otras cofradías, como la Piedad, se inicia un proceso prácticamente de extinción, y algo similar sucede a la Pasión". "Pese a esto", prosigue Luna, "ambas se mantienen hasta nuestro siglo, y renacen en la refundada cofradía del Cristo del Perdón. En 1842, dentro del proceso desamortizador se produce la recogida y traslado al entonces Museo Provincial de muchas de las figuras que componían los pasos".

La resurrección procesional del siglo XX es sobradamente conocida. Valladolid debe especial gratitud a quienes hicieron posible la restauración, en 1923, de nuestra Semana Santa. El Arzobispo Gandásegui, cuya bondad, simpatía y celo pastoral han dejado honda huella en nuestra ciudad, tuvo la idea germinal y aportó el impulso. El benemérito Juan Agapito y Revilla, sabio e infatigable, hizo posible la primera reconstrucción de los viejos pasos, sin la cual no

habrían sido posibles las sucesivas remodelaciones que siguieron. A don Francisco de Cossio corresponde el vuelo de imaginación, el toque de la fantasía y la fidelidad a un viejo espíritu. ¿Cómo se desarrollará el singular proceso de restauración? Bastará que resuma para Vds. la emocionada y expresiva descripción que Cossio hace en el Pregón de 1948.

"Describe, en primer lugar, el proyecto. Una tradición casi perdida", dice, "que, de pronto, reaparece y aun se ensancha. Cuando el Arzobispo doctor Gandásegui planteó conmigo este deseo suyo, de que la Semana Santa Volviese a ser en Valladolid lo que fue en siglos pretéritos... yo os confieso que fuí hombre de poca fe. Después de la desamortización de los bienes de la Iglesia, no quedó en pie, aparte de algunas imágenes de devoción, sino un solo "paso" integro, el del Descendimiento. Las demás se disgregaron, muchas de sus figuras se perdieron, y las más de ellas se amontonaron en los sótanos del Colegio de Santa Cruz".

Rinde tributo, después, a las tareas de expertos y asesores. "La investigación de don Juan Agapito y Revilla", confiesa, "hizo mucho, no sólo para [el renacimiento de las procesiones], sino para la formación de los diversos grupos con toda la autenticidad que era posible. Con lo que había, sin embargo, juzgamos que podía enriquecerse nuestra Semana Santa con nuevos "pasos" que, si no idénticos a los del siglo XVII, se aproximarían bastante a ellos".

Y, por ultimo, explica los resultados. "Así", escribe, "el doctor Gandásegui, a quien ayudaba en esta empresa don José Zurita Nieto, vió un día formados los grupos que constituyen esos "pasos", en las salas del Museo. Ya no faltaba sino algo importante: dinero para construir los carros donde estas figuras habían de montarse. Entonces surgió un gran castellano, don Antonio del Campo, y él, ante el Arzobispo, se comprometió a construir a crédito las carrozas necesarias. Y se hicieron los carros, y se instalaron en sus plataformas las figuras que habían de constituir los "pasos".

"¿Qué faltaba para que esta prodigiosa máquina funcionase?" El Gran periodista, director un tiempo del Museo y siempre inspirados de ideas o matices importantes para definir la restauración, afirma: "La restauración de la fe, y no ciertamente de una fe religiosa, sino de la fe en la nueva obra. Habíamos recogido en fragmentos las figuras que constituían los pasos, pero habían desaparecido las cofradías, con pequeñas excepciones, y esto ya no era una labor de reconstrucción, sino de creación. He aquí como en pleno siglo XX pudo crearse una tradición".

V

Calles me conducen, calles,
¿Adonde me llevarán?
A otras esquinas suceden
Otras como si el azar
Fuese un alarife sabio
Que edificara al compás
De un caos infuso dentro
De esta plena realidad
Calles, atrios, costanillas
Por donde los siglos van
entre hierros y cristales,
entre más piedra y más cal.
Decid, muros de altivez,
tapias de serenidad,
Grises de viento y granito,
ocres de sol y de pan:
¿Adónde aún hacia dónde
Con los siglos tanto andar?
De pronto, cuatro son uno.
Victoria: bella unidad.

En nuestra Semana Santa se da una sobreimpresión de pasado y presente de naturaleza en cierto modo semejante a la de la transfiguración poética que nuestra Plaza Mayor alcanza en los versos de Jorge Guillén. La fabulosa herencia que los siglos y los restauradores de nuestras tradiciones sacras nos legaron constituye la premisa fundamental. Pero, ¿basta esta dimensión histórica para explicar la grandeza de las procesiones vallisoletanas y de las celebraciones que las completan y enriquecen?

VI

Hoy tienen, como en el pasado, un hondo latido artístico. Y no solo por la inspiración, la belleza y la originalidad de las esculturas y la policromía de Juan de Juni, Gregorio Fernández y tantos otros grandes maestros del arte de tallar, pintar, bruñir y estofar. También cobra fuerza el arte vivo, integrado en los pasos estáticos o desplazándose girando por "calles, atrios, costanillas" y plazas. Un encuadre desde Platerías o la Bajada de la Libertad, un giro a la entrada de la Plaza Mayor o a su salida por Santiago, un quiebro para ganar Miguel Iscar componen fotografías vivas para la retina del espectador más ricas que las archivadas por las máquinas.

La mezcla de luz y sonido, el ruido que producen los cofrades al andar o la selva de colores de pasos, velas, hábitos, trajes o

uniformes alternan con el silencio, el hondo silencio de quien contempla y admira. Arte como globalidad, arte entero.

Y arte también en el juego del día y de la noche, del sol y el viento del remanso del amanecer o la invitación a la despedida cuando atardece. Arte y naturaleza, arte de la naturaleza.

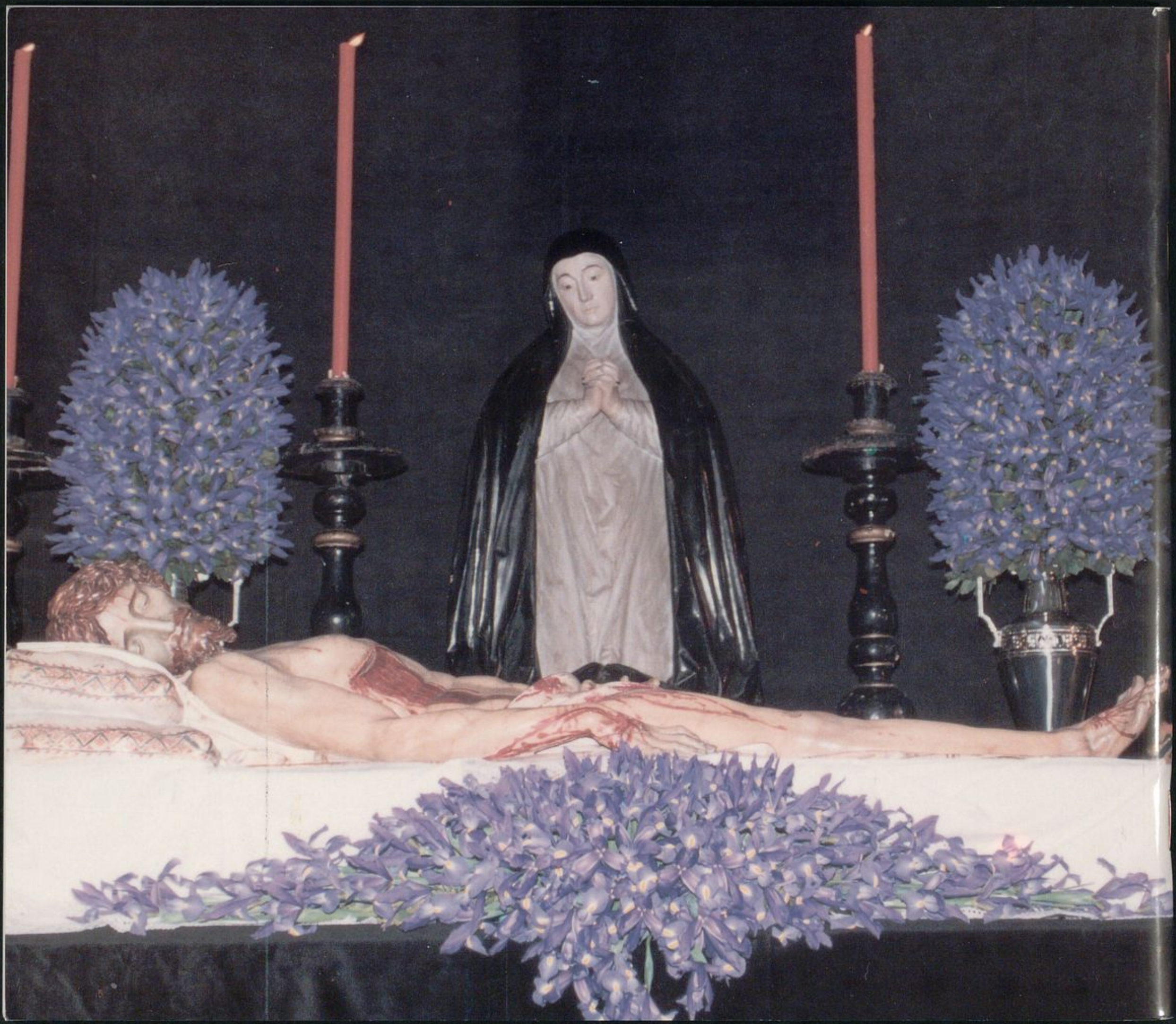
Es un deber de todos, Junta de Semana Santa y cofradías, organizadores y presidentes, artistas y expertos, espectadores que contemplan y espectadores que rezan, depurar cada año más los desfiles, inspirarse en el pasado para innovar con elegancia y respeto a la autenticidad. Arte y sociedad, arte para la persona y la sociedad.

VII

Nuestra Semana Santa posee también un matiz de juego, en su más noble acepción, y espectáculo. En las sociedades de pasados siglos el sermón era, a la vez, un instrumento de pastoral y apostolado, un soporte para difundir mensajes religiosos y culturales y un espectáculo. El Diccionario de la Real Academia define el espectáculo no sólo como "diversión pública" sino como aquello que se ofrece a la vista o a la contemplación intelectual y es capaz de atraer la atención y mover el ánimo infundiéndole deleite, asombro, dolor u otros afectos más o menos vivos o nobles". Nuestro Pregón de las Siete Palabras, nuestras procesiones y otros actos de la Semana Santa son todo eso y algo más: una muestra de sociabilidad, una ocasión de convivir y compartir. Para los no creyentes, los que tienen en un desván recóndito el sentimiento religioso o se

llaman a sí mismos católicos no practicantes, la Semana Sacra de Valladolid puede ser eso: un espectáculo, un vehículo para atraer la "atención y mover el ánimo" en la dirección de la excelencia, o simplemente, la oportunidad de comunicarse y relacionarse. Sería absurdo que despreciáramos el valor que este tipo de celebraciones religiosas tiene para un turismo cultural en el que nuestra ciudad y Comunidad de Castilla y León pueden ser modélicas.

VIII

Pero la última, la definitiva dimensión de la Semana Santa es la religiosidad. Los acontecimientos de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo han sido y serán siempre la referencia esencial del cristiano. Con otra sensibilidad, con la perspectiva que el mundo actual ha impuesto, la religiosidad de nuestros días, para el creyente, sigue teniendo la doble dimensión de la relación con Dios y la relación con el prójimo. No quisiera terminar sin deciros, y decirme a mi mismo, lo que José Luis Martín Descalzo proclamaba en el ya lejano 1948: lo que dentro "de unos días suceda en Valladolid sólo tendrá sentido si se despierta en nosotros la realidad de la Pasión del Ungido de Dios. Arrepentíos, pues, y convertíos". De otra manera, con el lenguaje del poeta Francisco Pino ofrecía, en 1957, un mensaje similar a los que nos visiten:

Si hablar quieres con Dios a este horizonte
viajero acudirás. Dispón tu frente
al bautismo de luz de la Meseta.